

Apuntes sobre la historia de *La Gaceta*
DE CUBA

Varias Cubas, varias *Gacetas*

Por DANIEL SALAS GONZÁLEZ

Recibí la mayor parte de mi colección de *La Gaceta de Cuba* en una velada que recuerdo con pesar. Una amiga muy querida repartía sus pertenencias con el desenfado atroz del emigrante en su última noche en la Isla. A ti te dejo todas las revistas, me dijo. Ya conocía la publicación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), pero en aquel momento presentí que el alijo de *Gacetas* tendría un destino más agotador que llenar algún estante en mi casa. Al poco tiempo me di a la tarea de leerlas sistemáticamente, y luego de un par de consultas, decidí lanzarme a una investigación más profunda.

Cuando *La Gaceta de Cuba* fue fundada el 15 de abril de 1962, el país vivía una etapa de efervescencia creativa que aun hoy resulta proverbial. En agosto del año anterior se había creado la UNEAC, de la cual había sido elegido presidente Nicolás Guillén. El poeta camagüeyano, siguiendo la costumbre, ostentaba el cargo de director de la nueva revista, que sin ser proclamada “órgano oficial” ni “vocero” del gremio intelectual, quedaba adscripta a él. Guillén permaneció al frente de la publicación hasta 1986, pero la mayor parte de esa etapa, su desempeño en el puesto fue simbólico.

Por eso, si se pretende hallar un hilo conductor de *La Gaceta...* con nombre propio es necesario remitirse a sus jefes de redacción, entre los cuales se cuentan escritores de la talla de Lisandro Otero, Jaime Sarusky, Luis Marré y Norberto Codina. Este último se ha situado al timón de la revista desde 1988 hasta hoy.

La Gaceta..., que comenzó con frecuencia quincenal, pasó durante la década del 60 a ser una publicación mensual y su labor de estos primeros años puede calificarse como excelente, aunque en cierta medida se vio lastrado por intermitencias en la periodicidad de sus salidas. Pero el buen aire de su estreno poco a poco se iría enrareciendo, en consonancia con el resquebrajamiento que a finales de la década del 60 sufrió la comunión entre artistas, intelectuales y poder político revolucionario.

El funcionamiento durante tres años de las Unidades Militares de Apoyo a la Producción, el rechazo institucional ante la premiación y publicación de los libros de Heberto Padilla (*Fuera del juego*) y de Antón Arrufat (*Los siete contra Tebas*), galardonados en el concurso de la UNEAC de 1968, los acuerdos del Primer Congreso de Educación y Cultura (1971), que vinieron a refrendar el clima de homofobia y la amenaza de que las corrientes más dogmáticas del realismo socialista se impusieran

como política oficial, fueron ramalazos a nuestra cultura que no dejaron indemne a *La Gaceta...* durante el llamado quinquenio gris, de inicios de los 70.

En esos años el desajuste con los talleres de impresión se hizo más notable y la revista demoró su salida al público. Durante meses se acumularon trabajos sin publicar y empezó a circular en los círculos culturales el burlesco sobrenombre de “La Gaveta de Cuba”.

Ante una sistemática regulación de su contenido —que incluyó la omisión de autores nacionales “mal vistos”— la revista llenó sus páginas con un estereotipado compendio de la cultura de los países europeos y abusó de la publicación de textos doctrinarios que le valieron, para la siempre viva sagacidad criolla, el nuevo apodo de “La Maceta de Cuba”.

No obstante, para la revista no todo lo acontecido en los 70 fue negativo. Una publicación tan importante para la culturología cubana y latinoamericana como *Criterios*, bajo la dirección de Desiderio Navarro, salió por primera vez en forma de boletín adjunto al número 100 de *La Gaceta...*

Con el fin de la década del 70 y sus excesivas regulaciones ideológicas a las manifestaciones culturales, *La Gaceta...* dio un vuelco en su discurso. De aquella revista de textos secos, nada quedó. Pero el cambio no implicó precisamente una mejoría. El resultado fue una publicación ligera que prestaba atención a la farándula y a la frivolidad, y que dentro del amplio mundo que abarcaba la UNEAC, respondía a un sector mínimo.

Como cabía esperar, las tiradas aumentaron. El nombre de la revista, señalando el giro —que para el narrador Arturo Arango era comandado por la “voluntad populista de algunos directivos de aquella UNEAC”—, se cambió en la portada por *Nueva Gaceta* y, en los pasillos de las instituciones culturales, por “La Gaceta de Cuba”.

Cuando comienzan los preparativos en 1986 para el IV Congreso de la UNEAC el comité organizador, presidido por Lisandro Otero, considera oportuno que la revista sea reestructurada. Un nuevo consejo editorial se constituye y, sintomáticamente, el primer acuerdo tomado es restituir a la publicación su nombre inicial.

LA GACETA DE LOS 90, UN BALANCE

Para enfocar *La Gaceta...* como proyecto cultural colectivo de esencial importancia durante la crisis de los 90, es esencial contar con el vacío que provocó la carestía de

papel y los demás insumos editoriales en el conjunto de las publicaciones nacionales.

En 1994 un informe presentado ante los delegados al VI Congreso de la Unión de Periodistas de Cuba describía en elocuentes cifras el estado de la comunicación pública en Cuba. La televisión, de 213 horas semanales, quedó en 135. La radio, más barata, solo perdía 95. Diariamente circulaban solo 430 000 periódicos, mientras esa cifra en 1989 era 1.6 millones. Su número de páginas era cinco veces menor. En cuanto al séptimo arte, de 12 largometrajes y 30 cortometrajes facturados en 1989, se pasó a una producción reducida de 7 largometrajes y 5 cortometrajes en 1994.

Las publicaciones culturales, incluida *La Gaceta de Cuba*, habían desaparecido prácticamente a finales de 1990, durante una especie de proceso de “eutanasia” editorial que buscaba reservar los escasos recursos existentes para permitir la continuidad de los diarios principales.

Pero la medida no cerraba el espacio a iniciativas específicas orientadas a encontrar financiamiento. Es así que a partir de 1992 —y durante los peores momentos de ese “periodo especial”, de huellas tan profundas en la vida nacional—

La Gaceta... se convirtió, gracias a la solidaridad de algunos individuos e instituciones extranjeras, en uno de los pocos espacios que desde el campo cultural sirvió de plataforma al debate de problemáticas urgentes o largamente postpuestas. Contrastando con el excluyente entorno mediático nacional, las páginas de *La Gaceta...* —así como de otros espacios entre los que se destacan las publicaciones reli-

giosas— permitieron la emergencia pública de la opinión desprejuiciada, crítica y contemporánea de intelectuales y artistas, y sirvieron para asentar los cotos de libertad que paulatinamente iban ganando los creadores.

En un año tan difícil como 1994, el narrador Arturo Arango constataba, no sin rastro de asombro, que las dificultades tremendas que azotaban la vida en Cuba podían tener algunas consecuencias positivas, dada la erosión consecuente que sufrían los elementos de coerción ideológica dentro del discurso central y su materialización diaria. “Curiosamente, escribía, me parece apreciar que la crisis (esta es no sólo la económica, sino también la del socialismo) está desencadenando la desintegración de los procesos de enajenación. Que la gente hable, opine,

critique, proteste, se queje hoy en voz más alta, puede ser positivo para la reconstrucción de algunos de los caminos perdidos. Por eso también hoy se pinta, escribe, actúa, canta con mayor libertad.”

Como he tenido oportunidad de escuchar de Leonardo Padura, jefe de redacción de *La Gaceta...* durante la primera mitad de los 90, para que la publicación fuera una verdadera caja de resonancia de dichos debates, fue fundamental la sinergia que se estableció entre todo su colectivo gestor —que incluía también, desde posiciones directivas de la UNEAC, a Abel Prieto y a la doctora Graziella Pogolotti—. Ello possibilitó que, a diferencia de otros periodos, la revista funcionase sin un dictado en política editorial, sino sobre un sustrato más o menos consensuado de inquietudes, intereses, experiencias y opiniones.

Como recuerda Padura, el deseo de todos era perfeccionar una revista intelectualmente provocativa. “Sabíamos que queríamos algunas cosas, por ejemplo que no se podía seguir sabiendo que existía Celia Cruz y no sacar el nombre de Celia Cruz. Y como mismo te digo

su nombre, hablo de Cabrera Infante, de Gastón Baquero, de Severo Sarduy, y una infinidad de escritores y artistas que vivían fuera de Cuba y que se rescatan y se vuelven a mencionar desde la revista. Teníamos también el concepto de que la cultura cubana era una, y que las valoraciones políticas estaban detrás de esa unidad. A pesar de que para la creación teníamos muy poco espacio, pretendíamos que la nueva cultura que se esta-

ba haciendo en esos momentos tuviera un peso importante en la revista. Pero no hay dudas de que lo fundamental era la reflexión. La reflexión que se estaba haciendo sobre el presente y el pasado cubano desde una perspectiva que trataba de clarificar, de llenar silencios, de ubicar en su contexto figuras y procesos de etapas anteriores que iban desde la colonia hasta los años 80”.

A partir de la investigación que pudimos realizar, entre los temas a los que la revista brindó atención con cierta sistematicidad, se encuentran los balances históricos de las diversas manifestaciones del arte y la literatura cubanos, sobre los que se regresa con una decidida vocación esclarecedora al restañar la memoria cultural de perniciosas omisiones. También, las repercusiones del derrumbe



...Las páginas de *La Gaceta...* —así como de otros espacios entre los que se destacan las publicaciones religiosas— permitieron la emergencia pública de la opinión desprejuiciada, crítica y contemporánea de intelectuales y artistas, y sirvieron para asentar los cotos de libertad que paulatinamente iban ganando los creadores.

del socialismo para la cultura de los países de Europa del Este, en la encrucijada política y cultural el mundo global; los criterios relativos al quinto centenario de la llegada de los europeos a América en 1992 y la visión de nuestro continente dentro del mundo presente y futuro; a partir del boom de la música popular bailable, revisó nuestra herencia musical y con franqueza se acercó a las condiciones y conflictos de la creación en el contexto cubano y su relación con la política cultural oficial.

De especial importancia fueron los dossiers dedicados a la literatura y el pensamiento de la diáspora cubana. Coordinados por Ambrosio Fornet, tal exploración funcionó como una verdadera revelación de su tiempo, al exponer las complejas relaciones identitarias respecto a la cultura hecha en la Isla que se articulaban en el cuento, la poesía, el ensayo escritos allende la mar. Más recientemente, tal línea de indagación ha sido enriquecida desde las propias páginas de *La Gaceta...* con enfoques sobre, por ejemplo, el cine de la emigración.

Por otra parte, le asiste a *La Gaceta...* el honor de haber dado cabida al debate alrededor del concepto de sociedad civil, en un momento en el cual, desde la ignorancia, se alzaban voces para denunciar su auge como otra supuesta maniobra imperialista, y no como un enriquecimiento deseable en la senda de la democracia y la discusión de alternativas políticas legítimas dentro del socialismo.

En un momento de contracción tremenda de los espacios para la publicación de literatura en Cuba —sobre todo narrativa—, la creación de los concursos de cuento y poesía auspiciados por *La Gaceta...* sirvió de impulso a la reanimación del interés de los escritores cubanos por los certámenes literarios nacionales. Mediante ellos el público pudo acceder a nuevas zonas de la creación literaria de los 90, y, para la revista misma, funcionó como una importante estrategia de inserción dentro del debate de la época y aumentó su relevancia en el contexto del sistema de publicaciones culturales cubanas.

No obstante, a pesar de la riqueza manifiesta, la revista también contó durante la etapa con zonas de penumbra, algunas de las cuales precisamente han sido foco de atención en años recientes. Tales son los casos de los discursos relativos al enfoque de género y de raza dentro de la cultura en sus variadas dimensiones, la religiosidad que retoñaba públicamente en la época, la vida en el espacio rural cubano y el movimiento cultural de las provincias.

El espacio para los jóvenes resulta más bien reducido y a *La Gaceta...* se le pierden hechos de actualidad, que si bien pueden no ser considerados fenómenos de lo artístico-literario, impactaron el alma nacional y permitían perfectamente una reflexión cultural —pienso, por ejemplo, en los hechos ocurridos en el verano de 1994.

Lo cierto es que si bien la publicación de la UNEAC prácticamente se mantuvo varios años siendo la única revista cultural de circulación regular —al punto de que Abel Prieto recuerde de vez en cuando la anécdota de que la única cortesía posible con visitantes a la institución fuera brindar un té de caña santa y una *Gaceta de Cuba*—, alrededor de 1995 una nueva hornada de revistas fue poniendo fin a la pesada “responsabilidad” que implicaba actuar en solitario. A partir del surgimiento de otros medios, algunos específicamente orientados al pensamiento social —como es el caso de la revista *Temas*— la aparición de textos de esa condición se ha espaciado en *La Gaceta...*, aunque dentro de su propuesta aún resulta escaso el número que no incluye al menos algún texto afín a la historia o a la investigación social, siempre que sean enfocados desde la perspectiva de la cultura.

Cierto consenso no carente de disputas en nuestro campo cultural se orienta a afirmar que durante los últimos años de los 90 y parte de lo que vamos viendo del nuevo milenio, diversos factores se han unido para provocar que al menos una parte de la creación cultural de la Isla haya perdido vitalidad.

No es un fenómeno que podamos discutir con profundidad aquí, pero como de alguna manera demostraron las polémicas electrónicas que agitaron a inicios de 2007 el ámbito cultural, sobre todo habanero —la ya informalmente bautizada “guerrita de los correos”—, así como otros espacios de reflexión cultural, existen haces de conflicto latentes que no llegan a la superficie mediática y que esperan respuesta. Hasta qué punto las revistas culturales de hoy, incluida *La Gaceta...*, permiten su expresión, debe ser motivo de análisis. Sin dudas, graves vicisitudes agobian a la sociedad cubana de hoy, y su cultura es uno de los espacios donde necesariamente también se dirimen tales conflictos. En espera de esas voces, ahí está *La Gaceta de Cuba* para darle un espacio a lo que venga.

